

MISIONES NAVARRA

La revista misionera

Nº 10 / MAYO 2025



Imagen de la Javiera Escolar de este año donde participaron más de 1200 niños.

**“Debemos buscar
juntos cómo ser una
Iglesia misionera,** una
Iglesia que construye
puentes, dialoga,
siempre abierta a
recibir, como esta
plaza, con los brazos
abiertos.

A todos, todos aquellos
que necesitan de
nuestra caridad, de
nuestra presencia, de
nuestro diálogo y de
nuestro amor”

León XIV





- I Carta. D. Oscar Azcona Muneta.**
Delegado Episcopal de Misiones y director de OMP en Navarra
- II Homenaje al Papa Francisco.**
Resumen de la Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium
- III Espes non confundit**
Bula de convocación del Jubileo
- IV Lectura recomendada**
Trenzando sensibilidad y evangelio. Formación para la misión
- V Especial: JAVIERADAS 2025**
 - Homilía Misa de acogida de los peregrinos
 - Homilía primera Javierada
 - Homilía segunda Javierada
 - Javierada escolar
- VI Oración mensual misionera**
Cierre del curso 2024/2025
- VII El contraste paciente. Repensando la relación Iglesia-Mundo.**
Carta pastoral de los obispos de la Zona Norte
- VIII Jornada Mundial de las Vocaciones Nativas**
- IX Voluntariado Misionero Solidario 2025**
Formación y envío misionero
- X Jubileo de los misioneros**
Encuentro Misionero de Verano en la Catedral de Pamplona
el día 23 de julio de 2025
- XI Datos actuales de los misioneros navarros en el mundo**

Vuestras vidas son un regalo de Dios que nos transmite esperanza y nos anima a seguir con júbilo el mandato de Jesús: “Id por todo el mundo y proclamad el evangelio” (Mc 16,15)

Queridos hermanos misioneros y misioneras de esta tierra navarra.

Cada día estoy más convencido de que vuestras vidas son un regalo de Dios y que sois un signo de esperanza en este mundo. En el meridiano de este año jubilar, que convocó nuestro querido papa

Francisco, sigue teniendo más sentido que nunca escuchar las palabras de Jesús que dan sentido a la

misión tal y como san Marcos nos recuerda: *“Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación.”* Estáis extendidos por los cinco continentes proclamando la Buena Noticia con la palabra, pero sobre todo con vuestras vidas entregadas, especialmente a quien más necesitado está.

Creo que es “justo y necesario” manifestar el agradecimiento como pueblo de Dios por el gran pastor, el papa Francisco, que nos ha guiado con un verdadero espíritu evangelizador y misionero. La “*Evangelii Gaudium*” como programa de su pontificado ha sido una auténtica escuela para todos nosotros que hemos recordado y renovado la vocación misionera recibida desde el bautismo y que muchos la seguís llevando adelante, como él nos invitaba, con ALEGRÍA y verdadero espíritu de servicio a los hermanos.

Las lágrimas por la despedida de un padre y pastor tan querido, han vuelto a nuestros ojos por la emoción al recibir la noticia de que su sucesor es un misionero. El nuevo papa León

XIV es un misionero ad gentes. Que gran alegría. Esto de la misión debe ser algo importante. El obispo Robert Prevost ha sido el elegido por el Espíritu Santo para seguir recordando que nuestra misión tiene como objetivo prioritario la unidad en la Iglesia y la paz en el mundo.

En este contexto de celebración y gozo pas-cual, quiero invitaros a nuestra cita anual del verano. Este año cambiamos de escenario con motivo del año jubilar. Don Florencio ha convocado a zonas pastorales y grupos sociales y pastorales; a toda la Iglesia a celebrar el gozo de la fe en nuestra Iglesia Catedral de Pamplona. Por eso os invitamos a vivir juntos el “Jubileo de los misioneros” que tendrá lugar el día 23 de julio. Será una oportunidad única para compartir experiencias, fortalecer nuestros lazos fraternales y renovar nuestro compromiso con la misión evangelizadora que nos une como comunidad diocesana en Navarra.

Espero contar con vuestra presencia y participación en este encuentro que promete ser un momento de gracia y crecimiento espiritual para todos. No faltéis a esta cita que nos invita a seguir caminando juntos en la misión del Señor.

También os llamo a llegar el afecto y compromiso, con cada uno de vosotros, de parte de todo el equipo de Misiones Navarra, para quienes es un gozo estar a vuestro servicio durante todo el año.

Un abrazo a todos.

D. Óscar Azcona Muneta
Delegado de Misiones de Pamplona y Tudela
Director de OMP en Navarra



“Es hora de iluminar y transformar, de salir y transmitir la alegría de creer.”

Como despedida y agradecimiento, por la vida del papa Francisco, os dejamos un resumen de la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*. Probablemente su documento más conocido, sobre todo en lo referente a la Misión de la Iglesia, donde se nos ofrece la propuesta de una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría del Evangelio y de un camino nuevo para la marcha de la Iglesia. Con esta exhortación, el Papa quiso recordar a los fieles cristianos, afianzados y fortalecidos en la fe, que es hora de iluminar y transformar, de salir y transmitir la alegría de creer.

Capítulo I: La Transformación Misionera de la Iglesia

El Papa Francisco comienza pidiendo a todos los cristianos que nos reencontremos con Jesucristo, que renovemos nuestro encuentro, o al menos, nos dejemos encontrar por Él. Y nos recuerda que ‘el evangelio invita insistentemente a la alegría’.

«La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.»

Habla de la Iglesia en su punto de partida como la comunidad de discípulos que 'primerean' y toman la iniciativa de ser los primeros en salir al encuentro de los demás y lo hacen con el deseo inagotable de brindar misericordia. El Papa quiere que seamos parte de este grupo, nos invita a 'primerear'. Es deseo del pontífice que nos lancemos a transformarlo todo y afirma que prefiere 'una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades'.

Capítulo II: En la crisis del compromiso comunitario

En este capítulo critica duramente a la economía actual, porque excluye a los débiles y solo hace fuerte a los poderosos. Señala que existe una creciente deformación ética en nuestras sociedades y 'asistimos al debilitamiento del sentido del pecado personal y social, así como un progresivo aumento del relativismo'. También alerta que esta filosofía de vida, 'de mundanidad espiritual' y 'de idolatría del dinero', 'debilita los vínculos entre las personas' y 'desnaturaliza los vínculos familiares'.

"¡El dinero debe servir y no gobernar! El Papa ama a todos, ricos y pobres, pero tiene la obligación, en nombre de Cristo, de recordar que los ricos deben ayudar a los pobres, respetarlos, promocionarlos. Os exhorto a la solidaridad desinteresada y a una vuelta de la economía y las finanzas a una ética en favor del ser humano".

Al mismo tiempo recuerda que 'nuestro dolor y nuestra vergüenza por los pecados de algunos miembros de la Iglesia, y por los propios, no deben hacer olvidar cuántos cristianos dan la vida por amor' y hace un llamamiento al 'dinamismo misionero que lleve sal y luz al mundo', sin temor a realizar tareas apostólicas y a la entrega generosa del tiempo personal. Por último, el Papa Francisco, apunta en este capítulo, una vez más, su deseo de que la Iglesia haga frente y sin miedo a profundas preguntas que no se pueden eludir superficialmente, como por ejemplo: 'el lugar de la mujer allí donde se toman decisiones importantes, en los diversos ámbitos de la Iglesia'; mayor protagonismo de los jóvenes en la pastoral de conjunto de la Iglesia, mejor selección de los candidatos al sacerdocio,...

Capítulo III: El anuncio del Evangelio

Francisco continúa su exhortación hablando de quienes deben anunciar el evangelio y de qué forma y manera. En este capítulo subraya que la Iglesia es el pueblo de Dios y debe ser, conforme al proyecto de amor de nuestro Padre Dios, 'el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio'. A través del Bautismo nos convertimos en pueblo de Dios y nos convertimos en discípulos misioneros, en 'agentes evangelizadores'. Así que la evangelización es tarea de todos los que somos Iglesia, 'un pueblo con muchos rostros'.

“Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados [...] no es indispensable imponer una determinada forma cultural, por más bella y antigua que sea, junto con la propuesta del Evangelio. El mensaje que anunciamos siempre tiene algún ropaje cultural, pero a veces en la Iglesia caemos en la vanidosa sacralización de la propia cultura, con lo cual podemos mostrar más fanatismo que auténtico fervor evangelizador”.

El Obispo de Roma también habla de la fuerza evangelizadora de la piedad popular que no debemos menospreciar sino más bien alentar y fortalecer, y hace un llamamiento a la evangelización informada ‘de persona a persona’, la que cada uno de los bautizados debemos realizar llevando el amor de Jesús a otros de forma espontánea en nuestras conversaciones y acciones diarias. Respecto a la homilía (acto de predicación del sacerdote durante la liturgia) explica que no puede ser un espectáculo entretenido sino dar fervor y sentido a la celebración, pide brevedad, así como evitar que parezca una charla o clase, y debe transmitirse el mensaje con el espíritu de amor de una madre hacia un hijo. El Papa desarrolla las claves para una buena homilía: preparar bien el mensaje, alimentarse de la palabra de Dios, personalizar la palabra, macerarla en lectura espiritual, poner un oído en el pueblo de Dios y cuidar los recursos pedagógicos. Al anunciar el evangelio a los demás, el Santo Padre destaca la importancia de utilizar siempre un lenguaje positivo que indique cómo podemos hacer mejor las cosas y, en cualquier caso, ‘no quedarse en la queja, el lamento, la crítica o el remordimiento’. E invita a recuperar el primer anuncio o ‘kerigma’: ‘Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte’. Finaliza este capítulo central insistiendo en que la evangelización necesita del acompañamiento personal en los procesos de crecimiento, escuchando, prestando una mirada respetuosa y llena de compasión, con paciencia y prudencia, despertando la confianza de quien es evangelizado, su apertura y su disposición para crecer.

Capítulo IV: La Dimensión Social de la Evangelización

La fe auténtica, dice el Papa Francisco, ‘siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra’ y por tanto nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad. En este capítulo, el Papa, señala la inequidad, la falta de justicia social, como la raíz de los males sociales y reza para que crezca en el mundo el número de políticos ‘a quienes les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres!’ y que sean capaces de ‘entrar en un



auténtico diálogo que se oriente eficazmente a sanar las raíces profundas y no la apariencia de los males de nuestro mundo’.

“La necesidad de resolver las causas estructurales de la pobreza no puede esperar, no solo por una exigencia pragmática de obtener resultados y de ordenar la sociedad, sino para sanarla de una enfermedad que la vuelve frágil e indigna y que solo podrá llevarla a nuevas crisis”.

Respecto al progreso de las ciencias expresa que la Iglesia no solo no pretende detener su admirable sino que se alegra e incluso disfruta reconociendo el enorme potencial que Dios ha dado a la mente humana. Explica que, así como ‘los creyentes tampoco pueden pretender que una opinión científica que les agrada, y que ni siquiera ha sido suficientemente comprobada, adquiera el peso de un dogma de fe’ es una pena que algunos científicos vayan más allá del objeto formal de su disciplina y se extralimiten con afirmaciones o conclusiones que exceden el campo de la propia ciencia, haciendo proposiciones que no responden a la razón sino a una ideología ‘que cierra el camino a un diálogo auténtico, pacífico y fructífero’. Termina el capítulo sosteniendo que ‘el debido respeto a las minorías de agnósticos o no creyentes no debe imponerse de un modo arbitrario que silencie las convicciones de mayorías creyentes o ignore la riqueza de las tradiciones religiosas. Eso a la larga fomentaría más el resentimiento que la tolerancia y la paz’.

Capítulo V: Evangelizadores con espíritu

La evangelización con espíritu, escribe el Papa Francisco, es la que arde en los corazones y ‘es muy diferente de un conjunto de tareas vividas como una obligación pesada que simplemente se tolera, o se sobrelleva como algo que contradice las propias inclinaciones y deseos’. Es el fuego del Espíritu Santo el que contagia con fervor, alegría, generosidad, audacia y amor.

“Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás. Pero si uno separa la tarea por una parte y la propia privacidad por otra, todo se vuelve gris y estará permanentemente buscando reconocimientos o defendiendo sus propias necesidades”.

El Papa incide en que ‘la misión’ es el corazón del pueblo cristiano, iluminado por el Espíritu Santo, y ‘con el Espíritu Santo, en medio del pueblo siempre está María’ porque ‘ella es la Madre de la Iglesia evangelizadora y sin ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva evangelización’.

“Hay un estilo mariano en la actividad evangelizadora de la Iglesia. Porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes”.



Spes non confundit

BULA DE CONVOCACIÓN
DEL JUBILEO ORDINARIO

Merece la pena leer, con detenimiento, este documento que marcará la actividad misionera de la Iglesia, durante este año, en todo el mundo, y nuestra actividad pastoral en la diócesis.

Estamos llamados a ser testigos del júbilo que proviene de la acción salvífica de Dios en nuestras vidas. Sembrando, con nuestro mensaje y nuestras obras, la esperanza que emana de haber participado recientemente en la Pascua de Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

«*Spes non confundit*», «la esperanza no defrauda» (Rm 5,5). Bajo el signo de la esperanza el apóstol Pablo infundía aliento a la comunidad cristiana de Roma. La esperanza también constituye el mensaje central del próximo Jubileo, que según una antigua tradición el Papa convoca cada veinticinco años. Pienso en todos los *peregrinos de esperanza* que llegarán a Roma para vivir el Año Santo y en cuantos, no pudiendo venir a la ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo, lo celebrarán en las Iglesias particulares. Que pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, «puerta» de salvación (cf. Jn 10,7.9); con Él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como «nuestra esperanza» (1 Tm 1,1). Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas des-

animadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea para todos, ocasión de reavivar la esperanza. La Palabra de Dios nos ayuda a encontrar sus razones. Dejémonos conducir por lo que el apóstol Pablo escribió precisamente a los cristianos de Roma.

Una Palabra de esperanza

«Justificados, entonces, por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. [...] Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5,1-2.5). Los puntos de reflexión que aquí nos propone san Pablo son múltiples. Sabemos que la Carta a los Romanos marca un paso decisivo en su actividad de evangelización. Hasta ese momento la había realizado en el área oriental del Imperio y ahora lo espera Roma, con todo lo que esta representa a los ojos del mundo: un gran desafío, que debe afrontar en nombre del anuncio del Evangelio, el cual no conoce barreras ni confines. La Iglesia de Roma no había sido fundada por Pablo, pero él sentía vivo el deseo de llegar allí pronto para llevar a todos el Evangelio de Jesucristo, muerto

y resucitado, como anuncio de la esperanza que realiza las promesas, conduce a la gloria y, fundamentada en el amor, no defrauda.

La esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida» (Rm 5,10). Y su vida se manifiesta en nuestra vida de fe, que empieza con el Bautismo; se desarrolla en la docilidad a la gracia de Dios y, por tanto, está animada por la esperanza, que se renueva siempre y se hace inquebrantable por la acción del Espíritu Santo. En efecto, el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino: «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada?

[...] Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó. Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rm 8,35.37-39). He aquí porqué esta esperanza no cede ante las dificultades: porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad, y de este modo hace posible que sigamos adelante en la vida. San Agustín escribe al respecto: «Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar».

San Pablo es muy realista. Sabe que la vida está hecha de alegrías y dolores, que el amor se pone a prueba cuando aumentan las dificultades y la esperanza parece derrumbarse frente al sufrimiento. Con todo, escribe: «Más aún, nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce la constancia; la constancia, la virtud probada; la virtud probada, la esperan-

za». (Rm 5,3-4). Para el Apóstol, la tribulación y el sufrimiento son las condiciones propias de los que anuncian el Evangelio en contextos de incompreensión y de persecución (cf. 2 Co 6,3-10). Pero en tales situaciones, en medio de la oscuridad se percibe una luz; se descubre cómo lo que sostiene la evangelización es la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo. Y eso lleva a desarrollar una virtud estrechamente relacionada con la esperanza: la paciencia. Estamos acostumbrados a quererlo todo y de inmediato, en un mundo donde la prisa se ha convertido en una constante. Ya no se tiene tiempo para encontrarse, y a menudo incluso en las familias se vuelve difícil reunirse y conversar con tranquilidad. La paciencia ha sido relegada por la prisa, ocasionando un daño grave a las personas. De hecho, ocupan su lugar la intolerancia, el nerviosismo y a veces la violencia gratuita, que provocan insatisfacción y cerrazón.

Asimismo, en la era del internet, donde el espacio y el tiempo son suplantados por el “aquí y ahora”, la paciencia resulta extraña. Si aun fuésemos capaces de contemplar la creación con asombro, comprenderíamos cuán esencial es la paciencia. Aguardar el alternarse de las estaciones con sus frutos; observar la vida de los animales y los ciclos de su desarrollo; tener los ojos sencillos de san Francisco que, en su Cántico de las criaturas, escrito hace 800 años, veía la creación como una gran familia y llamaba al sol “hermano” y a la luna “hermana”. Redescubrir la paciencia hace mucho bien a uno mismo y a los demás. San Pablo recurre frecuentemente a la paciencia para subrayar la importancia de la perseverancia y de la confianza en aquello que Dios nos ha prometido, pero sobre todo testimonio que Dios es paciente con nosotros, porque es «el Dios de la constancia y del consuelo» (Rm 15,5). La paciencia, que también es fruto del Espíritu Santo, mantiene viva la esperanza y la consolida como virtud y estilo de vida. Por lo tanto, aprendamos a pedir con frecuencia la gracia de la paciencia, que es hija de la esperanza y al mismo tiempo la sostiene.

Un camino de esperanza

Este entretejido de esperanza y paciencia muestra claramente cómo la vida cristiana es un camino, que también necesita momentos fuertes para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús. Me agrada pensar que fue justamente un itinerario de gracia, animado por la espiritualidad popular, el que precedió la convocación del primer Jubileo en el año 1300. De hecho, no podemos olvidar las distintas formas por medio de las cuales la gracia del perdón ha sido derramada con abundancia sobre el santo Pueblo fiel de Dios. Recordemos, por ejemplo, el gran “perdón” que

san Celestino V quiso conceder a cuantos se dirigían a la Basílica Santa María de Collemaggio, en L'Aquila, durante los días 28 y 29 de agosto de 1294, seis años antes de que el Papa Bonifacio VIII instituyese el Año Santo. Así pues, la Iglesia ya experimentaba la gracia jubilar de la misericordia. E incluso antes, en el año 1216, el Papa Honorio III había acogido la súplica de san Francisco que pedía la indulgencia para cuantos fuesen a visitar la Porciúncula durante los dos primeros días de agosto. Lo mismo se puede afirmar para la peregrinación a Santiago de Compostela; en efecto, el Papa Calixto II, en 1122, concedió que se celebrara el Jubileo en ese Santuario cada vez que la fiesta del apóstol Santiago coincidiese con el domingo. Es bueno que esa modalidad “extendida” de celebraciones jubilares continúe, de manera que la fuerza del perdón de Dios sostenga y acompañe el camino de las comunidades y de las personas.

No es casual que la peregrinación exprese un elemento fundamental de todo acontecimiento jubilar. Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial. También el año próximo los peregrinos de esperanza recorrerán caminos antiguos y modernos para vivir intensamente la experiencia jubilar. Además, en la misma ciudad de Roma habrá otros itinerarios de fe que se añadirán a los ya tradicionales de las catacumbas y las siete iglesias. Transitar de un país a otro, como si se superaran las fronteras, pasar de una ciudad a la otra en la contemplación de la creación y de las obras de arte permitirá atesorar experiencias y culturas diferentes, para conservar dentro de sí la belleza que, armonizada por la oración, conduce a agradecer a Dios por las maravillas que Él realiza. Las iglesias jubilares, a lo largo de los itinerarios y en la misma Urbe, podrán ser oasis de espiritualidad en los cuales revitalizar el camino de la fe y beber de los manantiales de la esperanza, sobre todo acercándose al sacramento de la Reconciliación, punto de partida insustituible para un verdadero camino de conversión.

Que en las Iglesias particulares se cuide de modo especial la preparación de los sacerdotes y de los fieles para las confesiones y el acceso al sacramento en su forma individual.

A los fieles de las Iglesias orientales, en especial a aquellos que ya están en plena comunión con el Sucesor de Pedro, quiero dirigir una invitación particular a esta peregrinación. Ellos, que han sufrido tanto por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia, muchas veces hasta la muerte, deben sentirse especialmente bienvenidos a esta Roma que es Madre también para ellos y que custodia tantas memorias de su presencia. La Iglesia católica, que está enriquecida por sus antiquísimas liturgias, por la teología y la espiritualidad de los Padres, monjes y teólogos, quiere expresar simbólicamente la acogida a ellos y a sus hermanos y hermanas ortodoxos, en una época en la que ya están viviendo la peregrinación del Vía crucis; con la que frecuentemente son obligados a dejar sus tierras de origen, sus tierras santas, de las que la violencia y la inestabilidad los expulsan hacia países más seguros. Para ellos la experiencia de ser amados por la Iglesia —que no los abandonará, sino que los seguirá adondequiera que vayan— hace todavía más fuerte el signo del Jubileo.

El Año Santo 2025 está en continuidad con los acontecimientos de gracia precedentes. En el último Jubileo ordinario se cruzó el umbral de los dos mil años del nacimiento de Jesucristo. Luego, el 13 de marzo de 2015, convoqué un Jubileo extraordinario con la finalidad de manifestar y facilitar el encuentro con el “Rostro de la misericordia” de Dios, anuncio central del Evangelio para todas las personas de todos los tiempos. Ahora ha llegado el momento de un nuevo Jubileo, para abrir de par en par la Puerta Santa una vez más y ofrecer la experiencia viva del amor de Dios, que suscita en el corazón la esperanza cierta de la salvación en Cristo. Al mismo tiempo, este Año Santo orientará el camino hacia otro aniversario fundamental para todos los cristianos: en el 2033 se celebrarán los dos mil años de la Redención realizada por medio de la pasión, muerte y resurrección del Señor Jesús. Nos encontramos así frente a un itinerario marcado por grandes etapas, en las que la gracia de Dios precede y acompaña al pueblo que camina entusiasta en la fe, diligente en la caridad y perseverante en la esperanza (cf. 1 Ts 1,3).

Apoyado en esta larga tradición y con la certeza de que este Año jubilar será para toda la Iglesia una intensa experiencia de gracia y de esperanza, dispongo que la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, se abra a partir del 24 de diciembre del corriente año 2024, dando inicio así al Jubileo ordinario. El domingo sucesivo, 29 de diciembre de 2024, abriré la Puerta Santa de la Catedral de San Juan de Letrán, que el 9 de noviembre de este año celebrará los 1700 años de su dedicación. A continuación, el 1 de enero de 2025, solemnidad de Santa María, Madre de Dios, se abrirá la Puerta Santa de la

Basílica papal de Santa María la Mayor. Y, por último, el domingo 5 de enero se abrirá la Puerta Santa de la Basílica papal de San Pablo extramuros. Estas últimas tres Puertas Santas se cerrarán el domingo 28 de diciembre del mismo año.

Establezco además que el domingo 29 de diciembre de 2024, en todas las catedrales y concatedrales, los obispos diocesanos celebren la Eucaristía como apertura solemne del Año jubilar, según el Ritual que se preparará para la ocasión. En el caso de la celebración en una iglesia concatedral el obispo podrá ser sustituido por un delegado designado expresamente para ello. Que la peregrinación desde una iglesia elegida para la *collectio*, hacia la catedral, sea el signo del camino de esperanza que, iluminado por la Palabra de Dios, une a los creyentes. Que en ella se lean algunos pasajes del presente Documento y se anuncie al pueblo la indulgencia jubilar, que podrá obtenerse según las prescripciones contenidas en el mismo Ritual para la celebración del Jubileo en las Iglesias particulares. Durante el Año Santo, que en las Iglesias particulares finalizará el domingo 28 de diciembre de 2025, ha de procurarse que el Pueblo de Dios acoja, con plena participación, tanto el anuncio de esperanza de la gracia de Dios como los signos que atestiguan su eficacia.

El Jubileo ordinario se clausurará con el cierre de la Puerta Santa de la Basílica papal de San Pedro en el Vaticano el 6 de enero de 2026, Epifanía del Señor. Que la luz de la esperanza cristiana pueda llegar a todas las personas, como mensaje del amor de Dios que se dirige a todos. Y que la Iglesia sea testigo fiel de este anuncio en todas partes del mundo.

Signos de esperanza

Además de alcanzar la esperanza que nos da la gracia de Dios, también estamos llamados a redescubrirla en los signos de los tiempos que el Señor nos ofrece. Como afirma el Concilio Vaticano II, «es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas». Por ello, es necesario

poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia. En este sentido, los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza.

Que el primer signo de esperanza se traduzca en paz para el mundo, el cual vuelve a encontrarse sumergido en la tragedia de la guerra. La humanidad, desmemoriada de los dramas del pasado, está sometida a una prueba nueva y difícil cuando ve a muchas poblaciones oprimidas por la brutalidad de la violencia. ¿Qué más les queda a estos pueblos que no hayan sufrido ya? ¿Cómo es posible que su grito desesperado de auxilio no impulse a los responsables de las Naciones a querer poner fin a los numerosos conflictos regionales, conscientes de las consecuencias que puedan derivarse a nivel mundial? ¿Es demasiado soñar que las armas callen y dejen de causar destrucción y muerte? Dejemos que el Jubileo nos recuerde que los que «trabajan por la paz» podrán ser «llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). La exigencia de paz nos interpela a todos y urge que se lleven a cabo proyectos concretos. Que no falte el compromiso de la diplomacia por construir con valentía y creatividad espacios de negociación orientados a una paz duradera.

Mirar el futuro con esperanza también equivale a tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los demás. Sin embargo, debemos constatar con tristeza que en muchas situaciones falta esta perspectiva. La primera consecuencia de ello es la pérdida del deseo de transmitir la vida. A causa de los ritmos frenéticos de la vida, de los temores ante el futuro, de la falta de garantías laborales y tuteladas sociales adecuadas, de modelos sociales cuya agenda está dictada por la búsqueda de beneficios más que por el cuidado de las relaciones, se asiste en varios países a una preocupante disminución de la natalidad. Por el contrario, en otros contextos, «culpar al aumento de la población y no al consumismo extremo y selectivo de algunos es un modo de no enfrentar los problemas».

La apertura a la vida con una maternidad y paternidad responsables es el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y en el cuerpo de los hombres y las mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor. Es urgente que, además del compromiso legislativo de los estados, haya un apoyo convencido por parte de las comunidades creyentes y de la comunidad civil tanto en su conjunto como en cada uno de sus miembros, porque el deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas, como fruto de la fecundidad de su amor, da una perspectiva de futuro a toda sociedad y es un motivo de

esperanza: porque depende de la esperanza y produce esperanza.

La comunidad cristiana, por tanto, no se puede quedar atrás en su apoyo a la necesidad de una alianza social para la esperanza, que sea inclusiva y no ideológica, y que trabaje por un porvenir que se caracterice por la sonrisa de muchos niños y niñas que vendrán a llenar las tantas cunas vacías que ya hay en numerosas partes del mundo. Pero todos, en realidad, necesitamos recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26), no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocremente, amoldándose al momento presente y dejándose satisfacer solamente por realidades materiales. Eso nos encierra en el individualismo y corroe la esperanza, generando una tristeza que se anida en el corazón, volviéndonos desagradables e intolerantes.

En el Año jubilar estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria. Pienso en los presos que, privados de la libertad, experimentan cada día — además de la dureza de la reclusión— el vacío afectivo, las restricciones impuestas y, en bastantes casos, la falta de respeto. Propongo a los gobiernos del mundo que en el Año del Jubileo se asuman iniciativas que devuelvan la esperanza; formas de amnistía o de condonación de la pena orientadas a ayudar a las personas para que recuperen la confianza en sí mismas y en la sociedad; itinerarios de reinserción en la comunidad a los que corresponda un compromiso concreto en la observancia de las leyes.

Es una exhortación antigua, que surge de la Palabra de Dios y permanece con todo su valor sapiencial cuando se convoca a tener actos de clemencia y de liberación que permitan volver a empezar: «Así santificarán el quincuagésimo año, y proclamarán una liberación para todos los habitantes del país» (Lv 25,10). El profeta Isaías retoma lo establecido por la Ley mosaica: el Señor «me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del Señor» (Is 61,1-2). Estas son las palabras que Jesús hizo suyas al comienzo de su ministerio, declarando que él

mismo era el cumplimiento del “año de gracia del Señor” (cf. Lc 4,18-19).

Que en cada rincón de la tierra, los creyentes, especialmente los pastores, se hagan intérpretes de tales peticiones, formando una sola voz que reclame con valentía condiciones dignas para los reclusos, respeto de los derechos humanos y sobre todo la abolición de la pena de muerte, recurso que para la fe cristiana es inadmisible y aniquila toda esperanza de perdón y de renovación. Para ofrecer a los presos un signo concreto de cercanía, deseo abrir yo mismo una Puerta Santa en una cárcel, a fin de que sea para ellos un símbolo que invita a mirar al futuro con esperanza y con un renovado compromiso de vida.

Que se ofrezcan signos de esperanza a los enfermos que están en sus casas o en los hospitales. Que sus sufrimientos puedan ser aliviados con la cercanía de las personas que los visitan y el afecto que reciben. Las obras de misericordia son igualmente obras de esperanza, que despiertan en los corazones sentimientos de gratitud. Que esa gratitud llegue también a todos los agentes sanitarios que, en condiciones no pocas veces difíciles, ejercitan su misión con cuidado solícito hacia las personas enfermas y más frágiles.

Que no falte una atención inclusiva hacia cuantos hallándose en condiciones de vida particularmente difíciles experimentan la propia debilidad, especialmente a los afectados por patologías o discapacidades que limitan notablemente la autonomía personal. Cuidar de ellos es un himno a la dignidad humana, un canto de esperanza que requiere acciones concertadas por toda la sociedad.

También necesitan signos de esperanza aquellos que en sí mismos la representan: los jóvenes. Ellos, lamentablemente, con frecuencia ven que sus sueños se derrumban. No podemos decepcionarlos; en su entusiasmo se fundamenta el porvenir. Es hermoso verlos liberar energías, por ejemplo cuando se entregan con tesón y se comprometen voluntariamente en las situaciones de catástrofe o de inestabilidad social. Sin embargo, resulta triste ver jóvenes sin esperanza. Por otra parte, cuando el futuro se vuelve incierto e impermeable a los sueños; cuando los estudios no ofrecen oportunidades y la falta de trabajo o de una ocupación suficientemente estable amenazan con destruir los deseos, entonces es inevitable que el presente se viva en la melancolía y el aburrimiento. La ilusión de las drogas, el riesgo de caer en la delincuencia y la búsqueda de lo efímero crean en ellos, más que en otros, confusión y oscurecen la belleza y el sentido de la vida, abatiéndolos en abismos oscuros e induciéndolos a cometer gestos auto-

destructivos. Por eso, que el Jubileo sea en la Iglesia una ocasión para estimularlos. Ocupémonos con ardor renovado de los jóvenes, los estudiantes, los novios, las nuevas generaciones. ¡Que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo!

No pueden faltar signos de esperanza hacia los migrantes, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias. Que sus esperanzas no se vean frustradas por prejuicios y cerrazones; que la acogida, que abre los brazos a cada uno en razón de su dignidad, vaya acompañada por la responsabilidad, para que a nadie se le niegue el derecho a construir un futuro mejor. Que a los numerosos exiliados, desplazados y refugiados, a quienes los conflictivos sucesos internacionales obligan a huir para evitar guerras, violencia y discriminaciones, se les garantice la seguridad, el acceso al trabajo y a la instrucción, instrumentos necesarios para su inserción en el nuevo contexto social.

Que la comunidad cristiana esté siempre dispuesta a defender el derecho de los más débiles. Que generosamente abra de par en par sus acogedoras puertas, para que a nadie le falte nunca la esperanza de una vida mejor. Que resuene en nuestros corazones la Palabra del Señor que, en la parábola del juicio final, dijo: «estaba de paso, y me alojaron», porque «cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,35.40).

Signos de esperanza merecen los ancianos, que a menudo experimentan soledad y sentimientos de abandono. Valorar el tesoro que son, sus experiencias de vida, la sabiduría que tienen y el aporte que son capaces de ofrecer, es un compromiso para la comunidad cristiana y para la sociedad civil, llamadas a trabajar juntas por la alianza entre las generaciones.

Dirijo un recuerdo particular a los abuelos y a las abuelas, que representan la transmisión de la fe y la sabiduría de la vida a las generaciones más jóvenes. Que sean sostenidos por la gratitud de los hijos y el amor de los nietos, que encuentran en ellos arraigo, comprensión y aliento.

Imploro, de manera apremiante, esperanza

para los millares de pobres, que carecen con frecuencia de lo necesario para vivir. Frente a la sucesión de oleadas de pobreza siempre nuevas, existe el riesgo de acostumbrarse y resignarse. Pero no podemos apartar la mirada de situaciones tan dramáticas, que hoy se constatan en todas partes y no sólo en determinadas zonas del mundo. Encontramos cada día personas pobres o empobrecidas que a veces pueden ser nuestros vecinos. A menudo no tienen una vivienda, ni la comida suficiente para cada jornada. Sufren la exclusión y la indiferencia de muchos. Es escandaloso que, en un mundo dotado de enormes recursos, destinados en gran parte a los armamentos, los pobres sean «la mayor parte [...], miles de millones de personas. Hoy están presentes en los debates políticos y económicos internacionales, pero frecuentemente parece que sus problemas se plantean como un apéndice, como una cuestión que se añade casi por obligación o de manera periférica, si es que no se los considera un mero daño colateral. De hecho, a la hora de la actuación concreta, quedan frecuentemente en el último lugar». [7] No lo olvidemos: los pobres, casi siempre, son víctimas, no culpables.

Llamamientos a la esperanza

Haciendo eco a la palabra antigua de los profetas, el Jubileo nos recuerda que los bienes de la tierra no están destinados a unos pocos privilegiados, sino a todos. Es necesario que cuantos poseen riquezas sean generosos, reconociendo el rostro de los hermanos que pasan necesidad. Pienso de modo particular en aquellos que carecen de agua y de alimento. El hambre es un flagelo escandaloso en el cuerpo de nuestra humanidad y nos invita a todos a sentir remordimiento de conciencia. Renuevo el llamamiento a fin de que «con el dinero que se usa en armas y otros gastos militares, constituyamos un Fondo mundial, para acabar de una vez con el hambre y para el desarrollo de los países más pobres, de tal modo que sus habitantes no acudan a soluciones violentas o engañosas ni necesiten abandonar sus países para buscar una vida más digna».

Hay otra invitación apremiante que deseo dirigir en vista del Año jubilar; va dirigida a las naciones más ricas, para que reconozcan la gravedad de tantas decisiones tomadas y determinen condonar las deudas de los países que nunca podrán saldarlas. Antes que tratarse de magnanimidad es una cuestión de justicia, agravada hoy por una nueva forma de iniquidad de la que hemos tomado conciencia: «Porque hay una verdadera “deuda ecológica”, particularmente entre el Norte y el Sur, relacionada con desequilibrios comerciales con consecuencias en el ámbito ecológico, así como con el uso desproporcionado de los recursos naturales llevado a

cabo históricamente por algunos países». Como enseña la Sagrada Escritura, la tierra pertenece a Dios y todos nosotros habitamos en ella como «extranjeros y huéspedes» (Lv 25,23). Si verdaderamente queremos preparar en el mundo el camino de la paz, esforcémonos por remediar las causas que originan las injusticias, cancelemos las deudas injustas e insolutas y saciemos a los hambrientos.

Durante el próximo Jubileo se conmemorará un aniversario muy significativo para todos los cristianos. Se cumplirán, en efecto, 1700 años de la celebración del primer gran Concilio ecuménico de Nicea. Conviene recordar que, desde los tiempos apostólicos, los pastores se han reunido en asambleas en diversas ocasiones con el fin de tratar temáticas doctrinales y cuestiones disciplinarias. En los primeros siglos de la fe los sínodos se multiplicaron tanto en el Oriente como en el Occidente cristianos, mostrando cuánto fuese importante custodiar la unidad del Pueblo de Dios y el anuncio fiel del Evangelio. El Año jubilar podrá ser una oportunidad significativa para dar concreción a esta forma sinodal, que la comunidad cristiana advierte hoy como expresión cada vez más necesaria para corresponder mejor a la urgencia de la evangelización: que todos los bautizados, cada uno con su propio carisma y ministerio, sean corresponsables, para que por la multiplicidad de signos de esperanza testimonien la presencia de Dios en el mundo.

El Concilio de Nicea tuvo la tarea de preservar la unidad, seriamente amenazada por la negación de la plena divinidad de Jesucristo y de su misma naturaleza con el Padre. Estuvieron presentes alrededor de trescientos obispos, que se reunieron en el palacio imperial el 20 de mayo del año 325, convocados por iniciativa del emperador Constantino. Después de diversos debates, todos ellos, movidos por la gracia del Espíritu, se identificaron en el Símbolo de la fe que todavía hoy profesamos en la Celebración eucarística dominical. Los padres conciliares quisieron comenzar ese Símbolo utilizando por primera vez la expresión «Creemos», como testimonio de que en ese “nosotros” todas las Iglesias se reconocían en comunión, y todos los cristianos profesaban la misma fe.

El Concilio de Nicea marcó un hito en la histo-

ria de la Iglesia. La conmemoración de esa fecha invita a los cristianos a unirse en la alabanza y el agradecimiento a la Santísima Trinidad y en particular a Jesucristo, el Hijo de Dios, «de la misma naturaleza del Padre», que nos ha revelado semejante misterio de amor. Pero Nicea también representa una invitación a todas las Iglesias y comunidades eclesiales a seguir avanzando en el camino hacia la unidad visible, a no cansarse de buscar formas adecuadas para corresponder plenamente a la oración de Jesús: «Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me envías-te» (Jn 17,21).

En el Concilio de Nicea se trató además el tema de la fecha de la Pascua. A este respecto, todavía hoy existen diferentes posturas, que impiden celebrar el mismo día el acontecimiento fundamental de la fe. Por una circunstancia providencial, esto tendrá lugar precisamente en el Año 2025. Que este acontecimiento sea una llamada para todos los cristianos de Oriente y de Occidente a realizar un paso decisivo hacia la unidad en torno a una fecha común para la Pascua. Muchos, es bueno recordarlo, ya no tienen conocimiento de las disputas del pasado y no comprenden cómo puedan subsistir divisiones al respecto.

Anclados en la esperanza

La esperanza, junto con la fe y la caridad, forman el tríptico de las “virtudes teologales”, que expresan la esencia de la vida cristiana (cf. 1 Co 13,13; 1 Ts 1,3). En su dinamismo inseparable, la esperanza es la que, por así decirlo, señala la orientación, indica la dirección y la finalidad de la existencia cristiana. Por eso el apóstol Pablo nos invita a “alegrarnos en la esperanza, a ser pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración” (cf. Rm 12,12). Sí, necesitamos que “sobreabunde la esperanza” (cf. Rm 15,13) para testimoniar de manera creíble y atrayente la fe y el amor que llevamos en el corazón; para que la fe sea gozosa y la caridad entusiasta; para que cada uno sea capaz de dar aunque sea una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, sabiendo que, en el Espíritu de Jesús, esto puede convertirse en una semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe. Pero, ¿cuál es el fundamento de nuestra espera? Para comprenderlo es bueno que nos detengamos en las razones de nuestra esperanza (cf. 1 P 3,15).

«Creo en la vida eterna» [12]: así lo profesa nuestra fe y la esperanza cristiana encuentra en estas palabras una base fundamental. La esperanza, en efecto, «es la virtud teologal por la que aspiramos [...] a la vida eterna como felicidad nuestra». [13] El Concilio Ecuménico Vati-

cano II afirma: «Cuando [...] faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas —es lo que hoy con frecuencia sucede—, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación». [14] Nosotros, en cambio, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Vivamos por tanto en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él. Es con este espíritu que hacemos nuestra la ardiente invocación de los primeros cristianos, con la que termina la Sagrada Escritura: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20).

Jesús muerto y resucitado es el centro de nuestra fe. San Pablo, al enunciar en pocas palabras este contenido —utiliza sólo cuatro verbos—, nos transmite el “núcleo” de nuestra esperanza: «Les he transmitido en primer lugar, lo que yo mismo recibí: Cristo murió por nuestros pecados, conforme a la Escritura. Fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo con la Escritura. Se apareció a Pedro y después a los Doce» (1 Co 15,3-5). Cristo murió, fue sepultado, resucitó, se apareció. Por nosotros atravesó el drama de la muerte. El amor del Padre lo resucitó con la fuerza del Espíritu, haciendo de su humanidad la primicia de la eternidad para nuestra salvación. La esperanza cristiana consiste precisamente en esto: ante la muerte, donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, «la vida no termina, sino que se transforma» [15] para siempre. En el Bautismo, en efecto, sepultados con Cristo, recibimos en Él resucitado el don de una vida nueva, que derriba el muro de la muerte, haciendo de ella un pasaje hacia la eternidad.

Y si bien, frente a la muerte —dolorosa separación que nos obliga a dejar a nuestros seres más queridos— no cabe discurso alguno, el Jubileo nos ofrecerá la oportunidad de redescubrir, con inmensa gratitud, el don de esa vida nueva recibida en el Bautismo, capaz de transfigurar su dramaticidad. En el contexto jubilar, es significativo reflexionar sobre cómo

se ha comprendido este misterio desde los primeros siglos de nuestra fe. Por ejemplo, los cristianos, durante mucho tiempo construyeron la pila bautismal de forma octogonal, y todavía hoy podemos admirar muchos bautisterios antiguos que conservan dicha forma, como en San Juan de Letrán en Roma. Esto indica que en la fuente bautismal se inaugura el octavo día, es decir, el de la resurrección, el día que va más allá del tiempo habitual, marcado por la sucesión de las semanas, abriendo así el ciclo del tiempo a la dimensión de la eternidad, a la vida que dura para siempre. Esta es la meta a la que tendemos en nuestra peregrinación terrena (cf. Rm 6,22). El testimonio más convincente de esta esperanza nos lo ofrecen los mártires, que, firmes en la fe en Cristo resucitado, supieron renunciar a la vida terrena con tal de no traicionar a su Señor. Ellos están presentes en todas las épocas y son numerosos, quizás más que nunca en nuestros días, como confesores de la vida que no tiene fin. Necesitamos conservar su testimonio para hacer fecunda nuestra esperanza.

Estos mártires, pertenecientes a las diversas tradiciones cristianas, son también semillas de unidad porque expresan el ecumenismo de la sangre. Durante el Jubileo, por lo tanto, mi vivo deseo es que haya una celebración ecuménica donde se ponga de manifiesto la riqueza del testimonio de estos mártires.

¿Qué será de nosotros, entonces, después de la muerte? Más allá de este umbral está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito. Lo que ahora vivimos en la esperanza, después lo veremos en la realidad. San Agustín escribía al respecto: «Cuando me haya unido a Ti con todo mi ser, nada será para mí dolor ni pena. Será verdadera vida mi vida, llena de Ti». [16] ¿Qué caracteriza, por tanto, esta comunión plena? El ser felices. La felicidad es la vocación del ser humano, una meta que atañe a todos.

Pero, ¿qué es la felicidad? ¿Qué felicidad esperamos y deseamos? No se trata de una alegría pasajera, de una satisfacción efímera que, una vez alcanzada, sigue pidiendo siempre más, en una espiral de avidez donde el espíritu humano nunca está satisfecho, sino que más bien siempre está más vacío. Necesitamos una felicidad que se realice definitivamente en aquello que nos plenifica, es decir, en el amor, para poder exclamar, ya desde ahora: Soy amado, luego existo; y existiré por siempre en el Amor que no defrauda y del que nada ni nadie podrá separarme jamás. Recordemos una vez más las palabras del Apóstol: «Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna

otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rm 8,38-39).

Otra realidad vinculada con la vida eterna es el juicio de Dios, que tiene lugar tanto al culminar nuestra existencia terrena como al final de los tiempos. Con frecuencia, el arte ha intentado representarlo —pensemos en la obra maestra de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina— acogiendo la concepción teológica de su tiempo y transmitiendo a quien observa un sentimiento de temor. Aunque es justo disponernos con gran conciencia y seriedad al momento que recapitula la existencia, al mismo tiempo es necesario hacerlo siempre desde la dimensión de la esperanza, virtud teologal que sostiene la vida y hace posible que no caigamos en el miedo. El juicio de Dios, que es amor (cf. 1 Jn 4,8.16), no podrá basarse más que en el amor, de manera especial en cómo lo hayamos ejercitado respecto a los más necesitados, en los que Cristo, el mismo Juez, está presente (cf. Mt 25,31-46). Se trata, por lo tanto, de un juicio diferente al de los hombres y los tribunales terrenales; debe entenderse como una relación en la verdad con Dios amor y con uno mismo en el corazón del misterio insondable de la misericordia divina. En este sentido, la Sagrada Escritura afirma: «Tú enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser amigo de los hombres y colmaste a tus hijos de una feliz esperanza, porque, después del pecado, das lugar al arrepentimiento [...] y, al ser juzgados, contamos con tu misericordia» (Sb 12,19.22). Como escribía Benedicto XVI, «en el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría».

El Juicio, entonces, se refiere a la salvación que esperamos y que Jesús nos ha obtenido con su muerte y resurrección. Por lo tanto, está dirigido a abrirnos al encuentro definitivo con Él. Y dado que no es posible pensar en ese contexto que el mal realizado quede escondido, este necesita ser purificado, para permitirnos el paso definitivo al amor de Dios. Se comprende en este sentido la necesidad de rezar por quienes han finalizado su camino terreno; solidarizándose en la intercesión orante que encuentra su propia eficacia en la comunión de los santos, en el vínculo común que nos

une con Cristo, primogénito de la creación. De esta manera la indulgencia jubilar, en virtud de la oración, está destinada en particular a los que nos han precedido, para que obtengan plena misericordia.

La indulgencia, en efecto, permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término “misericordia” era intercambiable con el de “indulgencia”, precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites.

El sacramento de la Penitencia nos asegura que Dios quita nuestros pecados. Resuenan con su carga de consuelo las palabras del Salmo: «Él perdona todas tus culpas y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de amor y de ternura. [...] El Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia; [...] no nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas. Cuanto se alza el cielo sobre la tierra, así de inmenso es su amor por los que lo temen; cuanto dista el oriente del occidente, así aparta de nosotros nuestros pecados» (Sal 103,3-4.8.10-12). La Reconciliación sacramental no es sólo una hermosa oportunidad espiritual, sino que representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno. En ella permitimos que Señor destruya nuestros pecados, que sane nuestros corazones, que nos levante y nos abraze, que nos muestre su rostro tierno y compasivo. No hay mejor manera de conocer a Dios que dejándonos reconciliar con Él (cf. 2 Co 5,20), experimentando su perdón. Por eso, no renunciemos a la Confesión, sino redescubramos la belleza del sacramento de la sanación y la alegría, la belleza del perdón de los pecados.

Sin embargo, como sabemos por experiencia personal, el pecado “deja huella”, lleva consigo unas consecuencias; no sólo exteriores, en cuanto consecuencias del mal cometido, sino también interiores, en cuanto «todo pecado, incluso venial, entraña apego desordenado a las criaturas que es necesario purificar, sea aquí abajo, sea después de la muerte, en el estado que se llama Purgatorio». Por lo tanto, en nuestra humanidad débil y atraída por el mal, permanecen los “efectos residuales del pecado”. Estos son removidos por la indulgencia, siempre por la gracia de Cristo, el cual, como escribió san Pablo VI, es «nuestra “indulgencia”». La Penitenciaría Apostólica se encargará de emanar las disposiciones para poder obtener y hacer efectiva la práctica de la indulgencia jubilar.

Esa experiencia colma de perdón no puede sino abrir el corazón y la mente a perdonar. Perdonar no cambia el pasado, no puede modificar lo que ya sucedió; y, sin embargo, el perdón puede per-

mitir que cambie el futuro y se viva de una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza. El futuro iluminado por el perdón hace posible que el pasado se lea con otros ojos, más serenos, aunque estén aún surcados por las lágrimas.

Durante el último Jubileo extraordinario instituí los Misioneros de la Misericordia, que siguen realizando una misión importante. Que durante el próximo Jubileo también ejerciten su ministerio, devolviendo la esperanza y perdonando cada vez que un pecador se dirige a ellos con corazón abierto y espíritu arrepentido. Que sigan siendo instrumentos de reconciliación y ayuden a mirar el futuro con la esperanza del corazón que proviene de la misericordia del Padre. Quisiera que los obispos aprovecharan su valioso servicio, enviándolos especialmente allí donde la esperanza se pone a dura prueba, como las cárceles, los hospitales y los lugares donde la dignidad de la persona es pisoteada; en las situaciones más precarias y en los contextos de mayor degradación, para que nadie se vea privado de la posibilidad de recibir el perdón y el consuelo de Dios. La esperanza encuentra en la Madre de Dios su testimonio más alto. En ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida.

Como toda madre, cada vez que María miraba a su Hijo pensaba en el futuro, y ciertamente en su corazón permanecían grabadas esas palabras que Simeón le había dirigido en el templo: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón». (Lc 2,34-35). Por eso, al pie de la cruz, mientras veía a Jesús inocente sufrir y morir, aun atravesada por un dolor desgarrador, repetía su “sí”, sin perder la esperanza y la confianza en el Señor. De ese modo ella cooperaba por nosotros en el cumplimiento de lo que había dicho su Hijo, anunciando que «debía sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar después de tres días» (Mc 8,31), y en el tormento de ese dolor ofrecido por amor se convertía en nuestra Madre, Madre de la esperanza. No es casual que la piedad popular siga invocando a la Santísima Virgen como *Stella maris*, un título expresivo de la esperanza cierta de que, en los borrascosos acon-

tecimientos de la vida, la Madre de Dios viene en nuestro auxilio, nos sostiene y nos invita a confiar y a seguir esperando.

A este respecto, me es grato recordar que el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en la Ciudad de México se está preparando para celebrar, en el 2031, los 500 años de la primera aparición de la Virgen. Por medio de Juan Diego, la Madre de Dios hacía llegar un revolucionario mensaje de esperanza que aún hoy repite a todos los peregrinos y a los fieles: «¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu madre?». Un mensaje similar se graba en los corazones en tantos santuarios marianos esparcidos por el mundo, metas de numerosos peregrinos, que confían a la Madre de Dios sus preocupaciones, sus dolores y sus esperanzas. Que en este Año jubilar los santuarios sean lugares santos de acogida y espacios privilegiados para generar esperanza. Invito a los peregrinos que vendrán a Roma a detenerse a rezar en los santuarios marianos de la ciudad para venerar a la Virgen María e invocar su protección. Confío en que todos, especialmente los que sufren y están atribulados, puedan experimentar la cercanía de la más afectuosa de las madres que nunca abandona a sus hijos; ella que para el santo Pueblo de Dios es «signo de esperanza cierta y de consuelo».

Mientras nos acercamos al Jubileo, volvamos a la Sagrada Escritura y sintamos dirigidas a nosotros estas palabras: «Nosotros, los que acudimos a él, nos sentimos poderosamente estimulados a aferrarnos a la esperanza que se nos ofrece. Esta esperanza que nosotros tenemos es como un ancla del alma, sólida y firme, que penetra más allá del velo, allí mismo donde Jesús entró por nosotros, como precursor» (Hb 6,18-20). Es una invitación fuerte a no perder nunca la esperanza que nos ha sido dada, a abrazarla encontrando refugio en Dios.

La imagen del ancla es sugestiva para comprender la estabilidad y la seguridad que poseemos si nos encomendamos al Señor Jesús, aun en medio de las aguas agitadas de la vida. Las tempestades nunca podrán prevalecer, porque estamos anclados en la esperanza de la gracia, que nos hace capaces de vivir en Cristo superando el pecado, el miedo y la muerte. Esta esperanza, mucho más grande que las satisfacciones de cada día y que las mejoras de las condiciones de vida, nos transporta más allá de las pruebas y nos exhorta a caminar sin perder de vista la grandeza de la meta a la que hemos sido llamados, el cielo.

El próximo Jubileo, por tanto, será un Año Santo caracterizado por la esperanza que no declina, la esperanza en Dios. Que nos ayude también a recuperar la confianza necesaria —tanto en la Iglesia como en la sociedad— en los vínculos

interpersonales, en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de toda persona y en el respeto de la creación. Que el testimonio creyente pueda ser en el mundo levadura de genuina esperanza, anuncio de cielos nuevos y tierra nueva (cf. 2 P 3,13), donde habite la justicia y la concordia entre los pueblos, orientados hacia el cumplimiento de la promesa del Señor.

Dejémonos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para cuantos la desean. Que nuestra vida pueda decirles: «Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y espera en el Señor» (Sal 27,14). Que la fuerza de esa esperanza pueda colmar nuestro presente en la espera confiada de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la alabanza y la gloria ahora y por los siglos futuros.

Dado en Roma, en San Juan de Letrán, el 9 de mayo, Solemnidad de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, del año 2024, duodécimo de Pontificado.

Te recomendamos esta lectura:

Trenzando sensibilidad y evangelio.

Formación para la misión. Carlos del Valle. Edit. Verbo Divino



La misión es nuestra inspiración y nuestra fuerza aquí y ahora. Si solo los animados pueden animar, solo los evangelizados pueden evangelizar. Necesitamos ser formados, porque formar es enseñar a vivir contagiando a Dios.

Formarse es formatearse como mensajero identificado con el mensaje. Es imposible comunicar el evangelio sin vivir en él. Este libro esparce semillas de formación para la misión, llevando a crecer en sensibilidad evangélica.

La formación para la misión toma en serio nuestra humanidad como narrativa de Dios. No son las ideas las que nos forman; es el toque a la sensibilidad que permite pasar del ego al amor, de la cabeza al corazón. Una reflexión que ilumina la inteligencia y da calor al corazón para que ambos funcionen a la par.

“Estas páginas ofrecen una argamasa compuesta de fe, experiencia y sueño, ayudando también a dejar de soñar la vida y comenzar a vivir los sueños. Lo hago para que la savia del evangelio circule con novedad y sin trombos por las vías de la misión, de la comunidad y

de cada persona en ella.

En vez de navegar en aguas profundas, a veces nos ahogamos en un vaso de agua. Profundizar es ejercicio que nos hace mejores, más humanos. La formación para la misión toma en serio nuestra humanidad como narrativa de Dios que vive en este mundo y profundiza en ella. El tiempo reflexivo es importante para la creatividad, porque leer sin reflexionar es comer sin digerir.

En tus manos tienes un libro para ser leído desde la creatividad del silencio. Con reflexiones nacidas del silencio y soledad, pretendo iluminar lo insignificante y elevar a plenitud lo ordinario. Parece que lo que ayer eran respuestas hoy son preguntas.



JAVIERADAS

Este año las Javieradas se celebraron los días 9 de marzo, la primera Javierada, y el sábado 15 la segunda. Entre ambas, acudieron a Javier, cuna del Patrono de las Misiones, más de 20.000 peregrinos. El lema de este Año, en consonancia con el Jubilo que está celebrando la Iglesia, ha sido: “Peregrinos de la Esperanza”.

La primera Javierada, se desarrolló marcada por el mal tiempo y la lluvia, pero los peregrinos no se amedrentaron ante la lluvia. Mientras que la segunda Javierada se caracterizó por un tiempo mejor pero con bajas temperaturas, pero con un sol que alentó las ganas de peregrinar a Javier. Como dijo nuestro Arzobispo D. Florencio: “Javier tiene algo especial porque a la gen-

te le engancha”. Además recordó que “Venir a Javier es renovar nuestro espíritu misionero”.

Este año se apoyó un proyecto en Cuba, con el misionero navarro Alberto Sola, de los padres Escolapios en Guanabacoa, que consistía en un generador eléctrico por los problemas energéticos que sufre el país con constantes apagones. Este problema es especialmente grave por las altas temperaturas que sufren y por los problemas que también atraviesa el sistema de agua. Al existir abastecimiento únicamente en días alternos, dependen de la electricidad para poder poner en marcha su sistema de depósitos y el bombeo con que se llenan. Además de mantener los alimentos que conservan en neveras.



Primera Javierada

Homilía Misa de acogida de los peregrinos

Cuando en el itinerario de la vida, se presente la oscuridad y el frío, fijémonos que en la nieve del camino hay marcadas unas huellas de alguien que ha pasado antes que nosotros: Cristo va siempre por delante. Así ocurre con este trayecto de conversión que es la cuaresma: Dios ha querido recorrer ese camino por delante de nosotros: es lo que hemos escuchado en el evangelio de hoy: Cristo inaugura la primera cuaresma, con esos cuarenta días en el desierto, donde es tentado. Y vamos a detenernos en las respuestas que da Jesús a las tentaciones, a las propuestas, del “enemigo de natura humana”, como llama San Ignacio, el maestro de Javier, al demonio y sus planteamientos: él es el “enemigo de la naturaleza humana”, el que quiere destruir nuestra humanidad y torcer, desorientar, desnortar el camino del ser humano hacia su fin, hacia su horizonte de plenitud y bien.

Son tres respuestas, tres mandatos, tres orientaciones, tres flechas que conducen tu vida en buena dirección en medio

de las tormentas de ese océano por el que nos movemos.

“No sólo de pan vive el hombre”. Si tenemos una mirada profunda sobre la realidad, si somos sinceros con nosotros mismos, no necesitamos muchas explicaciones para entender esto. El materialismo, la cultura de la opulencia, nos quiere convencer de que llenándonos de cosas moviéndonos de aquí para allá, abriendo a todas horas miles de pantallas, subiéndonos a todos los carros que pasan por delante de la puerta, vamos a ser felices y a alcanzar la plenitud. Y la realidad es muy tozuda: nuestra sociedad muere de hambre y sed, muere de inanición, muere herida de soledad, tristeza y falta de sentido. Y es que el ser humano no es un muñeco, no es una marioneta, no es un animalico un poco más evolucionado.

El ser humano sufre porque tiene hambre de amor, de amistad, de comunicación, de perdón, de sentido, en el fondo, lo sepamos o no, tenemos hambre de Dios, hambre

de Cristo. En cuaresma, nos tenemos que cuestionar: Esa seducción de las cosas de este mundo ¿no nos estará embotando el corazón, no nos estará cegando, no nos estará ahogando el espíritu? “No sólo de pan vive el hombre”.

“Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él sólo darás culto”. Esto tiene mucho que ver con lo anterior: puede ser que estemos tan satisfechos con nuestra vida, con nuestras necesidades tan cubiertas, que en el fondo tengamos la sensación de no necesitar de Dios para nada. Y cuando uno pierde de vista al Dios verdadero, poco a poco, va abriendo las puertas a los dioses falsos que se adueñan de la persona y la esclavizan: acabamos siendo esclavos de la comodidad, del dinero, de nuestros caprichos, de nuestra forma de ser, de nuestras ideas, de lo que está de moda, de las ideologías que gobiernan el mundo al precio de desterrar a Dios... “Javier, ¿de qué te sirve ganar el mundo si pierdes tu alma? (si se frustra en ti el proyecto de Dios, si te encierras en ti mismo): “Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él sólo darás culto”.

“No tentarás al Señor, tu Dios”. Hay detrás de esta frase misteriosa una cuestión bien importante. Tentamos a Dios cuando razonamos así: como Dios es bueno y tan misericordioso... pues no importa como viva yo o como piense, da igual que me convierta o no, que le obedezca o no,... como Él me quiere... Eso es tentar a Dios; tendríamos que pensar así: como Dios es tan bueno y misericordioso, como Dios me quiere de verdad, como a Dios le importo, no le da igual mi vida, no es indiferente, no es una estatua de madera o de mármol, a Él le importo, a Él le importamos... Y, por eso, voy a fiarme de Él, voy a pedirle ayuda, voy a quererle y a obedecerle, voy a estar muy cerca de Él, voy a abrirle de par en par las puertas de mi corazón y de mi vida entera. Él quiere transformar mi vida, mi familia, la sociedad, el mundo, las relaciones internacionales, la cultura, la política, la economía... Todo eso le importa a Dios: no es un convidado de piedra, no es un testigo mudo, no es un espectador indiferente... “No tentarás al Señor, tu Dios”.

Florencio Roselló Avellanas O de M
Arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela



JAVIERADAS



2025
NOVENA DE LA GRACIA DEL 4 AL 12 DE MARZO

PRIMERA JAVIERADA
9 DE MARZO

SEGUNDA JAVIERADA
15 DE MARZO

Organiza
Arzobispado de Pamplona y Tudela
EPK
Irutia eta Tudelako
Artzapezpikua

Colaborador principal
CAJA RURAL DE NAVARRA

Javieradas
jesuitas
de javier



Primera Javierada Homilía

Un año más, San Francisco Javier nos convoca a visitar su casa, a recordar su historia y a imitar su vida. Javier tiene magia, impacta, tiene un encanto especial, que para entenderlo hay que acercarse cada año a este lugar. Ni la lluvia, ni el viento, ni el frío, que han acompañado la peregrinación en esta primera Javierada impiden que año tras año nos acerquemos a la casa de San Francisco Javier.

Llama la atención el encanto de Javier, porque nuestro santo y patrón desarrolló toda su vida fuera de estas tierras. No conocemos nada de lo que hizo aquí, sin embargo, cada año venimos a Javier como si nos fuésemos a encontrar con el misionero jesuita. Vivió pocos años aquí, pero en cambio, parece que toda su vida la hubiese realizado aquí. Parece que cada palmo de terreno nos habla de él, en cambio, todos años venimos a verlo a encontrarnos con San Francisco Javier. Estamos convencidos que pisamos tierra sagrada, tierra de santo y tierra de alegría, que nos transmite el Cristo sonriente de

Javier.

De San Francisco Javier siempre se ha dicho que su pasión por predicar el evangelio no tenía límites. Renunció a las comodidades que el ofrecían en Javier, en España y en Francia, cuando fue a estudiar. Allí llevó una vida de fiesta, pero en ese ambiente el Señor le llamó y respondió a la llamada de Dios para ir a los lugares más distantes a llevar la Buena Noticia. A los pueblos que llegó no conocían nada de Cristo, pero nunca dudó de su misión porque estaba convencido de que el amor de Dios debía de ser conocido, estaba convencido que haría mucho bien, tanto a nivel espiritual, como social y humano. Llegó donde nadie había llegado, habló de Dios donde nadie había hablado, luchó por la dignidad de las personas en un mundo de esclavos y vasallaje. Francisco Javier fue un innovador y rompedor de costumbres y normas que humillaban a las personas. Humanizó las leyes y humanizó el evangelio, todo por la dignidad y libertad de las personas.

La vida de San Francisco Javier fue un reflejo de la misma fidelidad y firmeza que Jesús muestra en el desierto, tal y como hemos escuchado en el evangelio. Al igual que Jesús, Francisco Javier fue tentado a tomar caminos más fáciles, más cómodos, tenía un futuro de riqueza y lujo pero eligió seguir la llamada de Dios a la misión, a un camino de sacrificio y entrega. Como Jesús en el evangelio rechazó las tentaciones de poder, fama y comodidad. Todo esto no le llenaba, no le proporcionaba felicidad. Francisco Javier no buscó la gloria personal, sino la gloria de Dios en la evangelización allende los mares. Se enfrentó a las dificultades y persecuciones con la misma firmeza con que Jesús resistió las tentaciones del demonio en el desierto. Venció las tentaciones y su vida abrazó la santidad.

La Iglesia que San Francisco Javier soñó y vivió estaba llamada a ser una Iglesia en salida, como nos recuerda con frecuencia el Papa Francisco “la Iglesia es “en salida” o “no es Iglesia”, remarcando asimismo que la Iglesia «está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre» (Catequesis Francisco 23-10-2019). La Iglesia no puede quedarse encerrada en sus paredes de siempre, ni puede centrarse solo en sí misma. La Iglesia hemos perdido la calle, y esa Iglesia en salida a la que nos empuja el Papa Francisco nos lleva a hacernos presentes en medio del mundo. La misión de la Iglesia es salir, llevar la buena nueva de Cristo a todos los rincones del mundo, especialmente a aquellos lugares más necesitados de la presencia de Dios. La Iglesia en salida es para acercarse a la gente que no llega a nuestra Iglesia, a los alejados, a los pobres, a los vulnerables, ellos también están llamados a participar de nuestra fe. Hoy en día hay gente que quiere construir una sociedad sin Dios, aunque respetándoles, es bueno manifestar que otros queremos construir nuestra vida en torno a Dios, y para eso hay que salir, pisar calle, testimoniar nuestra fe.

En la primera lectura que hemos leído, Moisés nos presenta una realidad muy actual, “Mi padre fue un arameo errante, que bajó a Egipto y se estableció allí con unas pocas personas” (Dt. 26, 5), donde recuerda que el pueblo de Israel fue migrante, y las penurias que pasó ante la incompreensión del pueblo egipcio les hicieron la vida muy difícil. El Papa Francisco en su mensaje de Cuaresma para este año

2025 nos ha avisado también del trato que damos a los emigrantes “No podemos recordar el éxodo bíblico sin pensar en tantos hermanos y hermanas que hoy huyen de situaciones de miseria y violencia, buscando una vida mejor para ellos y sus seres queridos”. En este mensaje el Papa nos interpela a revisar qué tratamiento estamos dando a tantos inmigrantes que llegan a nuestras tierras para buscar un mundo mejor. La historia del pueblo judío se repite en nuestros días con leyes y actitudes que dificultan la vida de muchos inmigrantes en nuestras tierras. El Papa Francisco invita a la sociedad y también a la Iglesia a revisar qué estamos haciendo con nuestros hermanos que llegan de fuera. S. Francisco Javier también fue inmigrante, tuvo que aprender una lengua, conocer una nueva cultura, y desde ahí evangelizar a los nuevos pueblos que no conocían a Cristo.

Este año San Francisco Javier, nuestra Javierada, nos habla de opciones, primero de renuncia a las tentaciones que nos presenta el mundo, la sociedad, de una vida fácil, cómoda y sin complicaciones, que nos lleva a comprometernos con el anuncio del evangelio. Por otro lado, la Javierada también nos lleva a recordar cómo la historia de emigrantes del pueblo de Israel y sus dificultades se siguen repitiendo en nuestros días. Hoy aquí, en esta explanada, entre nosotros hay inmigrantes, que rezan al mismo Dios que nosotros, que sienten devoción, y en algunos casos pasión por San Francisco Javier, que llevan varios años peregrinando a Javier. Dios los mira con los mismos ojos que a nosotros, ¿quién soy yo para hacer diferencias?

Nuestra Javierada quiere ser también una peregrinación de la esperanza en este año del “Jubileo de la Esperanza” al que nos ha convocado el Papa Francisco. Todos los que peregrinamos a Javier nos convertimos en peregrinos que transmitimos esperanza. Nuestra experiencia de fe, de oración, de amistad, tiene que ser compartida con las personas de mi entorno. Que hoy, mañana, compartamos y transmitamos lo que en Javier hemos vivido en esta peregrinación. San Francisco Javier no se guardó la fe para él, sino que la comunicó y la transmitió a las gentes que evangelizó.

Florencio Roselló Avellanas O de M
Arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela



Segunda Javierada Homilía

“¡Qué bien estamos aquí!” (Lc. 9, 33a), le dice Pedro a Jesús, cuando subió con Santiago y Juan al monte Tabor. Pedro le propone a Jesús “¡hagamos tres tiendas!” (Lc. 9, 33b) porque se encuentran muy bien, lo acabamos de leer en el evangelio. Lo mismo estoy pensando esta tarde, ¡qué bien se está aquí! A Javier venimos a estar bien. Es nuestra casa, no solo la de los navarros, sino la de todos los que viven y sienten el espíritu de San Francisco Javier. Hay gente venida de lugares muy lejanos de España, pero es que Javier engancha, Javier tiene imán. Javier no deja indiferente a quien se acerca aquí. Hemos peregrinado hasta Javier para encontrarnos con Dios, a través de nuestro santo. Javier es nuestro Monte Tabor, nuestro lugar de fe. Hoy el Señor ha acampado aquí para nosotros, se ha quedado esperándonos. San Francisco Javier convoca, llama y nos presenta a Jesús transfigurado, a Jesús entregado en la cruz del castillo de Javier, a un Jesús sonriente. En Javier me reconcilio con el Señor, le presento mi vida, mi historia, en la confesión, en la eucaristía. Como los discípulos en el Monte Tabor, oigo una voz

que me dice “Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo” (Lc. 9, 35). Esta tarde, en esta explanada, Dios me habla, se dirige a mí. Vuelvo a casa renovado. Javier me permite comenzar de nuevo, aquí encuentro la paz, el amor y el perdón que me ofrece la Iglesia. Javier es casa de todos. Javier acoge a todos. El pasado año, cuando vine por primera vez a Javier, me llamó la atención la imagen del santo, la que está al fondo. Aparece con los brazos abiertos, caminando, para abrazarme. San Francisco Javier está en actitud de acogida, de recibimiento. Te dice “bienvenido”, “estás en tu casa”. Esta actitud es la que nos transmite constantemente el papa Francisco, y que últimamente ha hecho mucho más énfasis. En nuestra iglesia caben todos, todos, todos. También en Javier caben todos. Todos somos bien recibidos, los brazos de San Francisco Javier nos abrazan, nos acogen. Con estos brazos abiertos, con esta cara de bondad y recibimiento, nos sentimos en casa. No pregunta, no cuestiona, abraza y acoge.

En este “todos, todos, todos” no hace distinción. Hoy aquí estamos de muchos lugares diferentes, seguramente de muchas sensibi-

lidades distintas, algunas opuestas, pero los brazos de San Francisco Javier acogen a todos. Inclusive de realidades sociales diversas. Entre nosotros hay inmigrantes, que han venido con la pastoral de migraciones, que rezan al mismo Dios. Inmigrantes, algunos perseguidos por leyes nacionales e internacionales que cuestionan su presencia y en algunos casos sus derechos humanos. Hay también personas de la pastoral gitana, que son miembros de nuestra iglesia y se unen en Javier para rezar y cantar al mismo Dios. Hay entre nosotros internos con la pastoral penitenciaria, presos de la cárcel de Pamplona, que han salido hoy para rezar a Dios a través de Javier. También hay enfermos que han venido a pedir al santo. ¿Quién de nosotros distingue estas realidades sociales diferentes?, nadie, simplemente porque no hay diferencias, porque a los ojos de Dios todos somos iguales, y los brazos de San Francisco Javier acogen a todos.

También hay personas que vienen por otras motivaciones: por acompañar a amigos o familiares, por cumplir una tradición, por amor a la naturaleza, por sentimiento navarro hacia San Francisco, todos, todos, son/sois bienvenidos. San Francisco Javier no fue a evangelizar a los creyentes, fue a los que no conocían a Cristo. En una de sus cartas dice “pido a nuestro Señor nos dé gracia para aumentar su nombre entre las gentes que no le conocen” (Carta nº 9, párrafo 1). Los que no conocen a Cristo o no lo viven también son bien acogidos en Javier. En Javier ha habido gente que ha descubierto a Dios, inclusive sacerdotes que han encontrado aquí su vocación. San Francisco Javier tenía una vida asegurada, fácil y cómoda. Este año 2025, se cumplen 500 años que salió de Javier hacia las misiones, en el año 1625. La vida de estudiante que llevaba en París no le llenaba, algo le empujaba a salir, a dejarlo todo y comenzar una nueva vida. Los discípulos del evangelio que acompañan a Jesús en el monte Tabor, también tienen la tentación de quedarse, de plantar tres tiendas, de olvidarse del mundo, de desentenderse de la sociedad. Corremos el riesgo de buscar la comodidad, una iglesia a la carta, que me dé lo que necesito sin más complicaciones. Y Jesús les dijo a sus discípulos, como a San Francisco Javier que había que salir. Por eso Jesús les hace bajar del monte, les invita a salir, a compartir y anunciar lo que en el monte han vivido. Muchas veces, cuando venimos a Javier

nos gustaría quedarnos, estar más tiempo. Pero igual que Jesús hace bajar a los discípulos del monte, San Francisco Javier nos empuja a volver a nuestra realidad, a abrazarla y comprometernos con ella. Nos llama a ser misioneros.

Quiero recordar a los casi quinientos misioneros navarros que como San Francisco Javier han salido de Navarra para llevar el evangelio a muchos rincones del mundo. Cada rincón de la misión es un nuevo monte Tabor, porque los misioneros navarros se han encontrado con el Señor. Allí han sido y son felices, porque a través de las gentes de la misión el Señor les habla.

Venir a Javier nos hace renovar nuestro espíritu misionero. Ayer y hoy muchos habéis salido de vuestros lugares de origen. Os habéis paseado por calles, plazas, caminos y carreteras. Veníais orgullosos a Javier, no había complejo, no había vergüenza por venir, porque la gente os viese y llegar hasta Javier. En ese caminar, en esa peregrinación, mostrabais vuestra condición de cristianos, que os ibais a encontrar con el santo misionero y con el mismo Dios que nos convoca.

Nuestra Iglesia necesita peregrinos valientes, cristianos orgullosos que hacen pública su fe. Vosotros representáis la alegría del Evangelio, se ve la alegría, ilusión. Una es la alegría que contagia. El Papa Francisco quiere en primer lugar y ante todo una Iglesia y un cristiano alegre que contrarreste la tristeza individualista que domina en la sociedad, quiere una Iglesia ilusionada, contagiosa de la alegría de venir a Javier, de disfrutar del día. Hoy nuestro peregrinar hasta Javier ha estado rebotante de alegría, a pesar del cansancio, porque veníamos a encontrarnos con Jesús, y con el santo misionero San Francisco Javier.

Que volvamos a nuestras casas con la alegría de testimoniar que hemos estado en Javier. Que nos hemos encontrado con Jesús y con los miles de personas que también han venido a Javier. Hablemos de lo grande que es Javier y de lo mucho que hemos vivido en Javier.

Florencio Roselló Avellanas O de M
Arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela



Más de 1200 niños y niñas de quince colegios de Navarra participaron en la Javierada Escolar 2025

Más de 1200 niños y niñas de quince centros escolares navarros participaron el pasado viernes, 16 de mayo, en la Javierada Escolar 2005, una actividad organizada de manera conjunta por las delegaciones de Misiones y de Enseñanza del Arzobispado de Pamplona y Tudela.

El programa se ha iniciado a las diez de la mañana, con el Vía Crucis desde Sangüesa hasta Javier; es decir, la peregrinación de ocho kilómetros que se hace en las Javieradas oficiales de marzo. Tras la acogida, del Sr. Arzobispo, al llegar a Javier, se celebró a las doce y media del mediodía la eucaristía en la explanada del Castillo, ante la imposibilidad de hacerlo en el Auditorio de los Jesuitas, donde se celebra tradicionalmente, por falta de aforo. Al finalizar la celebración se dio paso a la fotografía del día y a al “concurso de pancartas” con la entrega de premios. Finalmente, los niños y niñas tuvieron tiempo para reponer fuerzas con la comida, pasando inmediatamente a los juegos con hinchables hasta la vuelta a casa.

El ejemplo de San Francisco Javier

En la misa, el arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela, monseñor Florencio Roselló, se refirió a San Francisco Javier como “un mensajero de la paz, que llevaba esperanza a quienes sufrían, consuelo a los pobres y fe a quienes no conocían a Dios”. También interpeló a los jóvenes estudiantes, a quienes preguntó: “Vosotros también soñáis, ¿no? ¿Ponéis vuestra mano en el corazón? ¿Qué os dice Dios?”. El arzobispo explicó que eso hizo San Francisco Javier y se dio cuenta de que Dios no le pedía que fuera un gran guerrero, sino que debía buscar la paz “y desde este mismo castillo salió a predicar la fe a miles de kilómetros: India, Japón...”.

Florencio Roselló concluyó su homilía resumiendo tres grandes enseñanzas de San Francisco Javier: “Ser valientes, no tener miedo de decir que somos amigos de Jesús; compartir la alegría, contar a los demás lo bueno que es Dios, no solo con palabras sino también con nuestras acciones; y ayudar a los demás, como hizo Javier, que gastó todo su dinero en las misiones”.

Los quince centros escolares participantes han sido: Colegio Público Otero de Navascués (Cintruénigo), Colegio Público Francisco Arbeloa (Azagra), Colegio Sagrado Corazón (Bera), Colegio Público Juan de Palafox (Fitero), Colegio La Milagrosa (Lodosa), Colegio La Anunciata (Tudela), Colegio Irabia-Izaga (Pamplona/Cordovilla), Colegio Amor de Dios (Burlada), Colegio Luis Amigó (Mutilva), Colegio Santa Luisa de Marillac (Barañain), Colegio Santa María la Real, Maristas (Sarriguren) y Colegio Vedruna, Colegio Santa Catalina de Labou-
ré, Colegio de Nuestra Señora del Huerto y Mater Dei (Pamplona).





Celebración de la oración mensual por los misioneros navarros y cierre del curso

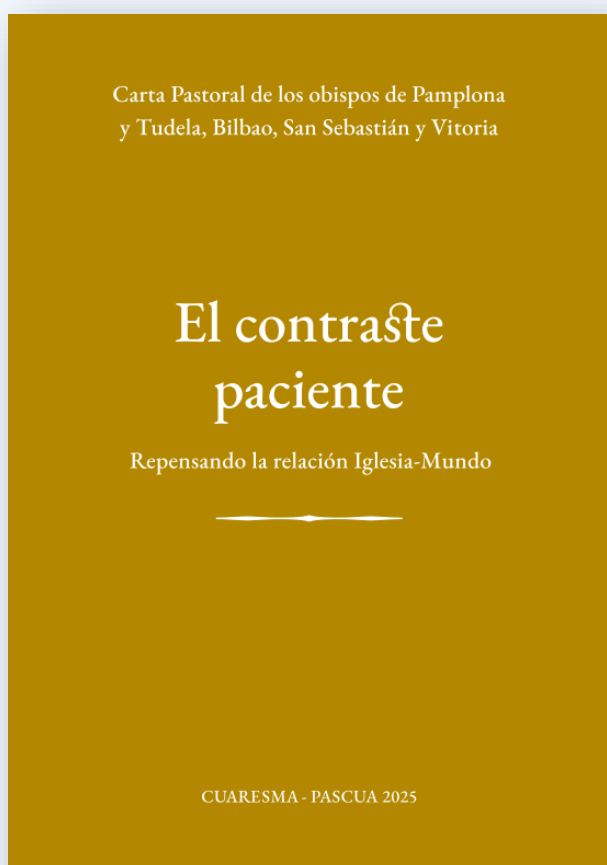
El pasado mes de mayo se llevó a cabo la oración misionera mensual, en la parroquia de San Enrique de Pamplona, en comunión con los misioneros navarros, marcando así el cierre del curso pastoral. Este evento, que se ha convertido en una cita imprescindible para la comunidad parroquial, refleja el compromiso y la solidaridad con quienes dedican sus vidas a llevar el mensaje de esperanza y amor, que nos transmitió Jesús de Nazaret, a los rincones más necesitados del mundo: nuestros misioneros y misioneras.

Como siempre, se realizó un momento de oración comunitaria, en la cual pedimos por las vocaciones misioneras de laicos, familias, consagrados, religiosos y sacerdotes con talante misionero, especialmente en aquellas regiones donde su labor es más desafiante. Con esta oración también queremos fortalecer la fe y recordar que cada uno puede colaborar desde su lugar con pequeñas acciones. Además de dar gracias por el tesoro que constituyen nuestros misioneros.

En conclusión, esta celebración fue un momento especial para fortalecer los vínculos entre la Iglesia en Navarra y sus misioneros. Invitándonos a seguir apoyando su labor con oración constante, y presencia activa. Que estas oraciones nos motiven a vivir nuestra fe con mayor entrega y compromiso hacia aquellos que necesitan escuchar el mensaje de esperanza que Jesús nos dejó.

El contraste paciente. Repensando la relación Iglesia-Mundo. Carta pastoral de los Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria para la Cuaresma-Pascua de 2025

La llamada jubilar a la peregrinación y a la reconciliación resuena con particular intensidad en este momento de profunda transformación cultural y social que afecta a la vida de la Iglesia. La progresiva secularización de la sociedad europea, especialmente marcada en las últimas décadas, plantea desafíos inéditos para la comunidad cristiana. Ya no es posible mantener los esquemas pastorales heredados de una época en la que el cristianismo conformaba mayoritariamente la cultura y la vida social. Esta nueva situación, lejos de paralizarnos, nos invita a repensar con creatividad y fidelidad nuestro modo de vivir y dar testimonio de Cristo, Palabra de Vida para el mundo.



El presente documento quiere contribuir a esa conversión pastoral y misionera desde la confianza en que el Espíritu Santo sigue guiando a su Iglesia en cada época histórica. Como los peregrinos que atraviesan la Puerta Santa, este tiempo cuaresmal nos invita a una renovación profunda que nos permita redescubrir lo esencial de nuestra fe. Nuestra propuesta se inspira en la Palabra de Dios que todo lo ilumina con una luz nueva, en la experiencia de los primeros cristianos que supieron dar un testimonio convincente en su entorno social y en las orientaciones del magisterio reciente que nos invitan a una conversión pastoral para responder a los desafíos actuales.

A lo largo de estas páginas se explora cómo el espíritu del Jubileo puede ayudarnos a transformar una «Iglesia de cristiandad» en una comunidad que, siendo minoritaria, puede ofrecer un testimonio significativo en el mundo contemporáneo. Este Año Santo nos recuerda que la esperanza cristiana se fundamenta en la fe y se expresa en el ejercicio de la caridad, impulsándonos

hacia una Iglesia más universal y con un gran deseo evangelizador. En el se examinan las claves de la notable expansión del cristianismo en sus primeros siglos, no para copiar métodos del pasado, sino para descubrir orientaciones que iluminen nuestro presente. De manera particular, profundizaremos en la importancia de forjar una identidad cristiana clara y significativa, capaz de inspirar comunidades vivas que encarnen las bienaventuranzas en medio del mundo. Esta renovación comunitaria que anhelamos hunde sus raíces en la conversión personal de cada creyente: las transformaciones que aquí se proponen solo serán posibles si las asumimos como invitación al cambio en su propia vida. Por ello, animamos a leer estas páginas en clave de conversión personal, permitiendo que el espíritu cuaresmal y la gracia del Año Jubilar nos ayuden a reconocer aquellos aspectos de nuestra vida que necesitan ser transformados para un seguimiento más auténtico de Cristo.

No pretende ofrecer recetas simples para problemas complejos, sino más bien proponer claves de discernimiento personal y comunitario que nos ayuden a vivir esta Cuaresma jubilar como una oportunidad única de renovación evangélica.





Jornada mundial de las VOCACIONES NATIVAS

El día 11 de mayo, IV Domingo de Pascua, Domingo del Buen Pastor, la Iglesia celebró la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. Obras Misionales Pontificias organiza, a través de la Obra Pontificia de San Pedro Apóstol, la Jornada de Vocaciones Nativas para apoyar a las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada que surgen en los Territorios de Misión.

Estas vocaciones son fruto de la pastoral misionera y demuestran la actuación del Espíritu Santo en estas comunidades, que asegura un futuro prometedor para las Iglesias más jóvenes de la tierra. Las vocaciones nativas a menudo tienen serias dificultades económicas para continuar su formación. La Jornada de Vocaciones Nativas invita a todas las parroquias de España a colaborar con la oración, y con una colecta extraordinaria o los estipendios de las misas, para que todos los fieles puedan colaborar con esta labor, tan importante para la evangelización.

Con las aportaciones de todos los países se crea un Fondo Universal de Solidaridad, que en 2024 reunió más de 18 millones de euros con los que las Obras Misionales Pontificias pudieron ayudar a 82.000 seminaristas en 770 seminarios de todo el mundo. Concretamente desde Obras Misionales Pontificias de España se enviaron el año pasado 2.073.797,59 euros, destinados a 17.427 seminaristas y 270 formadores en 65 diócesis de 17 países.



Este año el lema de la Jornada fue "Para el Señor, en los hermanos", según la pregunta ¿para quién soy?, que se planteó en el Congreso de vocaciones que congregó en Madrid, el pasado mes de febrero, a más de tres mil personas.

La Jornada de Vocaciones Nativas se une a la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que en España coordina el Servicio de Pastoral Vocacional de la Conferencia Episcopal Española con la colaboración de CONFER y CEDIS. El objetivo es animar a toda la Iglesia a acompañar con la oración las intenciones de todos los jóvenes que estén llamados al sacerdocio y la vida consagrada.

La Obra de San Pedro Apóstol pide sobre todo oración, para que Dios siga moviendo los corazones de los jóvenes en los territorios de misión a decir Sí al Señor a pesar de las dificultades. Y también pide colaboración económica, para que esa llamada no quede frustrada. Se pide la donación puntual o periódica en las colectas de este domingo, o a través de Bizum, transferencia o donativo online.

Además, hay un sistema de becas para financiar de manera concreta un periodo de formación de una de estas vocaciones. Con 2.000 euros se cubre la formación completa de un seminarista de 6 años. También se puede apoyar media beca con 1.000 euros, o solo un curso con 350 euros. De esta forma, grupos misioneros en las parroquias o familias se juntan a lo largo del año para apoyar una de estas modalidades de becas, como una forma de apadrinar a una vocación nativa.

Por otro lado, también se da la posibilidad de ofrecer estipendios de misa por 10 euros para apoyar a los formadores. Con esta ayuda se les asegura parte de su mantenimiento, para que no tengan que buscar sustento de otras formas, lo que les ayuda a permanecer al lado de los futuros sacerdotes, dedicándose a su formación. Es una oportunidad de unir las intenciones personales de Misa al apoyo a la formación de sacerdotes.

Testimonio de la misionera navarra Conchita Ardanaz



Voluntariado Misionero Solidario Curso 2025

Celebración del envío de los voluntarios misioneros que partirán este verano a territorios de misión

Este año partirán 7 jóvenes a vivir una experiencia VeranMisión. Y, tras la jornada de formación dedicada a preparar a los futuros voluntarios para sus experiencias misioneras durante el verano, tuvo lugar un acto muy significativo: la ceremonia de envío de los voluntarios. Este momento representa no solo una formalidad, sino también un acto lleno de simbolismo y esperanza, en el que la comunidad reafirma su apoyo y bendice a quienes partirán con la misión de llevar ayuda, fe y solidaridad a aquellos que más lo necesitan.

La celebración se llevó a cabo en un ambiente solemne, íntimo y emotivo (lástima que no pudieran participar todos los jóvenes). D. Florencio Roselló, desde el inicio de la celebración, reflejó la importancia de esta etapa en la vida de los jóvenes que han decidido dedicar parte de su tiempo y esfuerzo a servir en una comunidad de Honduras.

Uno de los momentos más destacados fue la imposición de las cruces misioneras por parte del Sr. Arzobispo D. Florencio Rosello y del Delegado de Misiones D. Oscar

Azcona. La cruz misionera de las Obras Misionales Pontificias es un símbolo universal que representa el compromiso del voluntario con la misión evangelizadora y solidaria. La imposición fue realizada con gran solemnidad, acompañada con un gesto de aliento a los voluntarios, quienes recibieron con humildad este símbolo que les acompañará en su labor.

El Sr. Arzobispo D. Florencio Rosello dirigió unas palabras inspiradoras a los presentes, resaltando la importancia del espíritu misionero en nuestra comunidad cristiana. En su discurso, recordó que ser misionero no solo implica viajar a lugares lejanos, sino también vivir con actitud solidaria y comprometida en nuestro entorno cotidiano. Animó a los voluntarios a ser testigos vivos del amor cristiano, llevando esperanza y alegría allá donde vayan. También subrayó que esta experiencia será enriquecedora tanto para quienes parten como para quienes reciben su ayuda.

Por su parte el Delegado de Misiones expresó su gratitud por la disponibilidad y generosidad de los voluntarios, destacando que su labor es fundamental para fortalecer los vínculos entre las comunidades y promover una cultura del Evangelio. También los animó a mantener el contacto a la vuelta.

Voluntariado Misionero Solidario

Momentos de la celebración del envío





JUBILEO DE LOS MISIONEROS CATEDRAL DE PAMPLONA

23 de julio de 2025

ENCUENTRO MISIONERO DE VERANO

PROGRAMA:

- 11:00h. Acogida y visita a la Catedral y Museo
- 12:30h. Eucaristía
- 13:15h. Fotografía y salida hacia el restaurante
- 13:45h. Comida fraterna Casa Manolo



delegacion@omp-pamplona.org

948 227 400 - 644 705 478

MISIONEROS NAVARROS EN EL MUNDO - 2025

“Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio”

ÁFRICA

1.- ANGOLA.....	2
2.- CAMERÚN.....	4
3.- CHAD.....	1
4.- CONGO BRAZZAVILLE.....	1
5.- COSTA DE MARFIL.....	1
6.- EGIPTO.....	1
7.- ETIOPIA.....	2
8.- GAMBIA.....	1
9.- GUINEA ECUATORIAL.....	1
10.- KENIA.....	2
11.- MARRUECOS.....	3
12.- MOZAMBIQUE.....	4
13.- R. D. CONGO.....	2
14.- RUANDA.....	2
15.- SIERRA LEONA.....	1
16.- TOGO.....	2
17.- ZAMBIA.....	1
18.- ZIMBABUE.....	1

18 Países Misioneros 32

AMERICA

1.- ARGENTINA.....	23
2.- BOLIVIA.....	8
3.- BRASIL.....	29
4.- CHILE.....	29
5.- COLOMBIA.....	22
6.- COSTA RICA.....	1
7.- CUBA.....	5
8.- ECUADOR.....	24
9.- EL SALVADOR.....	5
10.- ESTADOS UNIDOS.....	27
11.- GUATEMALA.....	14
12.- HONDURAS.....	9
13.- MÉXICO.....	26
14.- NICARAGUA.....	1
15.- PANAMÁ.....	11
16.- PARAGUAY.....	9
17.- PERÚ.....	34
18.- PUERTO RICO.....	16
19.- REP. DOMINICANA.....	19
20.- URUGUAY.....	1
21.- VENEZUELA.....	51

21 Países Misioneros 364

ASIA-OCEANIA

1.- COREA DEL SUR.....	1
2.- CHINA.....	2
3.- FILIPINAS.....	2
4.- INDIA.....	7
5.- JAPÓN.....	1
6.- TAILANDIA.....	1
7.- TAIWAN.....	1
8.- VIETNAM.....	1

8 Países Misioneros 16

EUROPA

1.- AUSTRIA.....	1
2.- FRANCIA.....	7
3.- INGLATERRA.....	9
4.- ITALIA.....	7
5.- MOLDAVIA.....	1
6.- MONACO.....	1
7.- PORTUGAL.....	3
8.- RUMANIA.....	2
9.- SUIZA.....	1
10.- UCRANIA.....	2

10 Países Misioneros 34



CUADRO RESUMEN

AMERICA.....	364
ÁFRICA.....	32
ASIA - OCEANIA.....	16
EUROPA.....	34
TOTAL.....	446

TOTAL DE PAÍSES: 57

TOTAL MISIONEROS: 446



Arzobispado de Pamplona y Tudela
DELEGACIÓN DIOCESANA DE MISIONES
Obras Misionales Pontificias (OMP)

Pza. Santa M^a la Real 1 / 31001 - Pamplona / Navarra
948 227 400 / 644 705 478 - delegacion@omp-pamplona.org
www.misionesnavarra.omp.es/